

Primera Conferencia

Análisis y contenido del texto ignaciano

Tercera Semana: de Pasión

[190-209]

«considerar cómo la divinidad se esconde...
y cómo deja padecer la sacratísima humanidad tan crudelísimamente»

La Tercera Semana del Libro de los Ejercicios consta de dos bloques perfectamente diferenciados entre sí: a) *De dos contemplaciones* [190-198] y [200-203], que forman parte del texto *semántico* que el que da los Ejercicios «narra» sobriamente al que se ejercita. b) Y de un pequeño *directorio*¹ en que Ignacio se dirige principalmente al que da los Ejercicios, y que habrá de tener también en cuenta el que accede a la contemplación de Cristo en su pasión.

Como fácilmente se puede constatar, en este conjunto textual no todo tiene ni la misma función ni la misma importancia. El *directorio* forma parte del texto *literal*. Es absolutamente claro y no necesita explicación. Sólo se debe subrayar de él la enorme flexibilidad que muestra Ignacio en su capacidad de adaptar la experiencia a las posibilidades [205] y a las necesidades espirituales de la persona que se ejercita.

No ocurre lo mismo con el texto *semántico*. Este consta de dos partes: *una*, la relación concisa y puramente objetiva de dos misterios de la vida del Señor², y *otra*, una serie de preámbulos y puntos que prescriben pautas³ sobre el modo cómo se habrá de hacer el ejercicio o, si se prefiere, sobre cómo habrá de formular el que se ejercita su lenguaje dirigido a Dios.

En esta última sección es donde se hallan los elementos más importantes, porque no apuntan exclusivamente al modo de hacer el ejercicio, sino que describen la experiencia espiritual subyacente y *el modo de acceder al misterio* hacia el que se orienta la Pasión según S. Ignacio⁴. En ellos y solamente en ellos será preciso que se demore nuestra atención.

¹ El *Directorio* consta de los siguientes elementos: - [199] *La nota sobre los coloquios* en que se remite a los números [147] y [156-157]. - [204] *La nota sobre la distribución* de los ejercicios de un día de Tercera Semana. - [205] *La nota sobre la adaptación* del número de los ejercicios diarios. - [206] *La nota sobre las adiciones 2ª y 6ª*, que habrán de cuidar del ambiente anímico y espiritual. - [207] *La nota sobre el examen particular*. - [208] *La nota sobre la distribución* de las contemplaciones a lo largo de los siete días de la Tercera Semana, haciendo referencia a los misterios del final [289-298]. - [209] Y, finalmente, *la nota sobre la adaptación* de la distribución de las contemplaciones, según se varíe el número de días, más o menos de siete.

² La Cena [191] y la agonía unida al prendimiento [201]. Véase además a este respecto el comentario de los nº [289-298] de los misterios de la vida de Cristo.

³ «considerar», «demandar», «ver», «oír», «mirar».

⁴ Cf. P.-H. KOLVENBACII, *La pasión según S. Ignacio*, CIS 20 (1990) 61-62: «Al llegar a la Tercera (Semana) existe el peligro de abandonar la orientación que quiere Ignacio y, tomando simplemente el evangelio de la Pasión del Señor como punto de partida, darse a la contemplación del misterio pascual prescindiendo de la Pasión según San Ignacio, tal como la encontramos propuesta en la Tercera Semana». Se suele hacer esto por tres razones: 1ª Porque la 3ª Semana «parece no más que la confirmación de la elección»; 2ª porque parece que no tiene «en cuenta la teología de cada evangelista»; y 3ª porque se presta muy bien a considerar problemas estrechamente ligados con la Pasión: el significado del sufrimiento, el misterio de la cruz, la existencia del mal, el escándalo y locura del amor de un Dios que sufre, y la Pasión de Cristo como primer acto liberador...».

1. El engarce de una Semana con otra: el éxodo de sí. [189¹⁰]

La pieza que articula la segunda con la tercera Semana es *la regla de oro* de la vida espiritual: «*Porque piense cada uno que tanto se aprovechará en todas cosas espirituales cuanto saliere de su propio amor, querer y interese*»⁵. Es necesario un *éxodo de sí* mismo para vivir la libertad del amor: la vida que el Padre nos ofrece a los hombres en la humanidad de Jesús. El hombre debe salir del pecado, del amor propio, de sus resistencias y condicionamientos, de sus hábitos inveterados, de sus proyectos egoístas,.. y de todo aquello que encadena su libertad, para acoger la voluntad divina, cualquiera que ésta sea, y asumir así la salvación manifestada por la humanidad de Jesús en su Pasión. Salir de sí para penetrar de lleno en el misterio del abandono del Hijo en las manos de su Padre; misterio indecible que el que se ejercita va a contemplar ahora de modo palpable en la humanidad de Jesús en quien esta adhesión por amor, al Padre y a su voluntad, se hace «realidad» y alcanza la expresión más plena y tangible que pueda humanamente acontecer. El amor *tiende* por su misma dinámica *a la unión*.

Pero el éxodo de la Tercera Semana tiene unas características propias que lo distinguen del resto de las sabidurías y libertades humanas: es el saber del amor, verdadera libertad. Donde «perderse» por amor al Padre en el entramado de las mediaciones pecaminosas de la historia es «ganarse»⁶ definitivamente en la seguridad de Dios, para reconocer en ella el misterio más hondo de la persona de Jesús: que el Hijo de Dios forma con el Padre una unidad por amor, lo cual es el reverso del pecado en cuanto «separación». El hombre debe repetir en sí la experiencia de la comunión de Jesús con el Padre, «revivirla» y actualizarla en su ser y en su cuerpo, hacerla presente, *adentrarse* de lleno, por el amor de identificación, en el misterio de su humanidad⁷. *Salir de sí* para *penetrar* en el misterio de la voluntad salvífica de Dios.

Nos hallamos, pues, de lleno en la «*vía unitiva*». Hay un aumento de elementos unitivos: «dolor *con* Cristo doloroso, quebranto *con* Cristo quebrantado [...] pena *interna* de tanta pena que Cristo pasó *por mí*» [203]. Se acortan las distancias respecto de la humanidad de Jesús. Se contempla el misterio, pero no ya desde fuera, sino desde dentro, en comunión con los sentimientos de Jesús. «Este sería el lugar para entresacar de la Cristología paulina, de una forma exegéticamente rigurosa, aquellas frases que manifiestan, en las diversas conexiones de la palabra *syn*, la asimilación en la vida de la gracia de un cristiano al Cristo crucificado, sepultado, resucitado y sentado a la derecha del Padre»⁸. Más allá de la imitación de un modelo. lo que acontece es la participación real en el misterio de la pasión de Dios por la comunión *con* la humanidad de Jesús. Y quien contempla, por su parte, tampoco es un espectador pasivo y distante, sino que de forma activa toma sobre sí, movido por la connaturalidad del amor, la parte que le toca en el misterio de Cristo sufriente (Col 1,24), al quedar afectado por lo que acontece allí. No está fuera, sino *dentro*, sobrecogido y dispuesto a revivirlo todo hasta el final. Entonces lo que acontece es precisamente su salvación, en y por la comunión con los sentimientos de Jesús.

⁵ Da la impresión de que Ignacio tomó del Kempis este principio espiritual y lo utilizó en dos ocasiones diversas [189,10; 344,1-2]. Cf. TOMÁS DE KEMPIS, *De Imitatione Christi* L.I, c.25: «Tantum proficies, quantum tibi ipsi vim intuleris»; Ej [344¹⁻²] «Por las razones ya dichas y por otras muchas, siempre es mejor y más seguro, en lo que a su persona y estado de casa toca, cuanto más se cercenare y disminuirere, y cuanto más se acercare a nuestro sumo pontífice, dechado y regla nuestra, que es Cristo nuestro Señor [...] sea vil y pobre».

⁶ Cf. Mc 8,35; Mt 10,39; 16,25; Lc 9,24; 17,33; Jn 12,25.

⁷ Cf. S. LEON MAGNO, *Serm. 15, 3-4* (PL 54, 366-367) Sobre la pasión del Señor: «El verdadero venerador de la pasión del Señor tiene que contemplar de tal manera, con la mirada del corazón, a Jesús crucificado, que reconozca en él su propia carne».

⁸ Cf. H. RAHNER, *Sur Christologie der Exerzitien*, GuL 35 (1962) 118-119; Cf. *Ignatius von Loyola als Mensch und Theologe*, Freiburg 1964, pp. 251-311.

2. El objetivo de la Tercera Semana [193] y [203]

1. La *finalidad* que persigue la Tercera Semana, aquella que se repite una y otra vez en la petición⁹, es en cierto sentido una vuelta a la Primera, pero ahora de un modo nuevo. Se da un paralelismo incluso verbal entre los números [48] [53] [55⁴] y [193] [197] [203]. Lo nuevo ahora es que el pecado ya no está en primer plano, ni tampoco el que se ejercita lo lleva sobre sí, sino que está en la humanidad de Jesús.

2. Pasamos de la «vergüenza y confusión de mí mismo» [48] al «*dolor, sentimiento y confusión*» (padecer-con) propios del amor¹⁰: «porque por mis pecados va el Señor a la pasión» [193].

3. La fórmula «lo que debo hacer por Cristo» del n° [53²] se concreta ahora en *hacer y padecer por él* [197]. Lo que debo hacer por él había ya sido formulado en la tercera manera de humildad [167], pero ahora se vive y padece «de modo real» en el mismo misterio de la pasión, en la contemplación e identificación total con Jesús.

4. La dialéctica de *la comparación*, que en la Primera Semana servía para ahondar en la conciencia de pecado [50³] y [59¹] por la luz que arrojaba la verdad revelada sobre la situación del hombre, se transforma ahora, por la inmediatez del contacto con la humanidad, en los sentimientos de *pena interna y lágrimas* [48³] [203], fruto de la comunión. Es la experiencia, provocada por el amor, reflejo subjetivo de la incorporación al misterio de la salvación. No obstante, la compunción es un regalo gratuito concedido por Dios, fruto de la comunión con los sentimientos de Jesús.

5. Finalmente, *dos Adiciones* [206] tratan de cuidar, disponer y preparar, con todo esmero, hasta en sus más mínimos detalles, el estado anímico de la compunción. Se ordenan a orientar habitualmente el espíritu hacia el Cristo sufriente, y a recordar («traer a la memoria») durante todo el día¹¹ su misterio de abajamiento y humillación. El hombre se dispone así, física y psicológicamente, con todo su ser, para la experiencia de la identificación, con el fin de posibilitar la gracia de semejante configuración [195²].

3. Tres consideraciones guía [195] [196] [197]¹².

A continuación es el mismo Ignacio quien nos pone en la pista del modo de apropiación del misterio: *considerar* lo que Cristo nuestro Señor padece en la humanidad [...] *considerar* cómo la divinidad se esconde [...] *considerar* cómo todo esto padece por mis pecados [...] Tres pasos escalonados en los que el verbo «considerar» designa una mirada del corazón que se deja impresionar por la imagen que contempla¹³. Considerar significa ponderar afectivamente y ahondar a través de los sentimientos en el «sentido último», que se oculta bajo la epidermis de los acontecimientos, para quedar afectado por él. Al final resulta que el hombre se experimenta a sí mismo implicado

⁹ [203] «dolor con Cristo doloroso, quebranto con Cristo quebrantado, lágrimas, pena interna de tanta pena que Cristo pasó por mí».

¹⁰ Cf. H. COATHALEM, *Commentaire du livre des Exercices*, Paris 1965, 231: «Pero aquí se subraya un rasgo más, un rasgo característico; no se trata ya solamente del sentimiento de confusión: ¿Qué debo hacer?, sino de la *compasión*: ¿Qué debo padecer?» [53] [193] [197] [203]».

¹¹ Cf. GONZÁLEZ-DÁVILA, *Annotaciones* [169] «Algunas palabras de la Scriptura.. cuando hablan de Cristo N.S. en este misterio, y los evangelistas en esta historia, en las cuales se nos propone aquel corazón del Señor en medio de la tempestad de su santísima pasión, nos serán.. entre día como despertadores para hazer compañía a Christo crucificado, y que podamos dezir: «amor meus crucifixus est» (MHSI 76 *Direct.* p.527).

¹² Cf. P.-H. KOLVENBACH, *Ib.* 63: «Ignacio no retiene ninguna de las indicaciones de tiempo que jalonan los relatos evangélicos» (atardecer, noche, día, etc.)..«Hay una sola y por lo mismo llamativa excepción *Estuvo Jesús toda aquella noche atado* [292³]. Pero lo que aquí se quiere subrayar es la *duración del sufrimiento* de Jesús... la Pasión se mueve fuera de la cronología, en el *eterno presente* de Dios, en el *hoy* divino».

¹³ Cf. Ph. REMELS, *La Cène dans les Exercices Spirituels*, RHSp 51 (1975) 117, nota 11.

personalmente y objeto de predilección, causa y destinatario último de todo lo que pasa ahí: *todo esto padece por mis pecados* [193] [197]¹⁴.

A. LA HUMANIDAD DE JESUS Y LA LIBERTAD DEL AMOR

«considerar lo que Cristo N.S. padece en la humanidad o quiere padecer»
[195¹]

La fórmula ignaciana en su concisión lapidaria encierra el misterio. Nos hallamos en el centro de la cristología del abajamiento y de la exaltación.

a) La llamada de Dios

El objeto de atención y consideración durante esta Semana es la *humanidad* de Jesús, lo que su cuerpo y su espíritu sufren y padecen tanto física como moralmente. La atención contemplativa se centra en la humanidad sensible. Pero ésta no es una humanidad cualquiera, sino sagrada («sacratísima»). Las palabras penetran todavía un poco más, lo que padece «tan crudelísimamente» [196]. La consideración se adentra así, a través de la humanidad, en el misterio del Verbo.

La humanidad de Jesús nos *muestra*, de este modo, sin palabras, que el camino sin fin de imitación-identificación está referido necesariamente a la concreción de la humanidad de su cuerpo¹⁵. Y éste cuerpo posee en sí mismo un residuo de contingencia que apunta (señala) necesariamente hacia la «encarnación-abajamiento» en la realidad humana por el amor¹⁶. La contemplación se centra en la concreción misma de la materialidad y, a partir de ella, el hombre capta el significado del referente, la divinidad y su amor.

La contemplación de la Encarnación apuntaba a la comunión definitiva de Dios con la suerte de la humanidad [107²] [108²]¹⁷. Dos resúmenes redaccionales posteriores indicaban expresamente el «sentido» de la historia [116¹⁻²] [206⁵]. El misterio del Nacimiento y la Pasión se hallan de este modo íntimamente vinculados entre sí por la misma y última intencionalidad: el camino encarnatorio¹⁸, que

¹⁴ Cf. GREGORIO NACIANCENO, *Or.* 45,22 «¿...por qué y para qué se pagó un precio tan alto?» el de la gloriosa y preciosa sangre de Dios derramada por nosotros (PG 36.653a); GONZÁLEZ DÁVILA, [161] «En la composición de lugar el que medita se debe hazer como presente al mysterio, y como si aquello fuesse *por él sólo* a la forma que el apóstol dezía, hablando de Cristo N.S.: *qui dilexit me, et tradidit se pro me*» (Gál 2,20)... [162] «Ha de entrar el alma en esta consideración, mirándose a sí como *causa de tanto dolor*, ignominia y tormento; y que todo el bien que tiene y el aver sido prevenida y librada del mal, es por aquellos merescimientos»; H. RAHNER, *Zur Christologie der Exerzütien*, p.138 «Así se ahonda en el amor sin límites del Señor».

¹⁵ Cf. R. BARTHES, *Sade, Fourier, Loyola* Paris 1971, 67: «Pero el fondo, la fuerza de la materialidad, la cifra (chiffre) inmediata del deseo, es, bien entendido, el cuerpo humano; cuerpo movilizado sin cesar en la imagen por el juego mismo de la imitación que establece una analogía literal entre la corporeidad del ejercitante y la de Cristo, cuya existencia, casi fisiológica, se trata de hallar mediante una anámnesis personal».

¹⁶ Este hecho posibilita a su vez la contemplación de la pasión de Jesús que se prolonga hoy en el sufrimiento de la humanidad histórica de los hombres.

¹⁷ «*Asumir al hombre*» por la encarnación significaba cargar con su destino concreto, incluidos el sufrimiento, la muerte y el infierno, en solidaridad con todos los hombres. La Encarnación se produjo en orden a la redención de la humanidad en la cruz. Cf. TERTULIANO, *De carne Christi*, 6 (PL 2, 764a); ATANASIO, *De incarn.*, 20 (PG 25, 152b); *Ep.ad Epict.*, 6-7 (PG 26, 1061a); GREGORIO NISENO, *Or.cat.*, 32 «si interrogamos al misterio, nos dirá que su muerte no fue una escuela de su nacimiento, sino que nació para poder morir» (PG 45, 80a); *Antirret.*, 51 Una encarnación sin redención habría sido supérflua (PG 45, 1245b); IRENEO, *Adv.Haer.*, V 14,1; HIPOLITO, *Adv.Haer.*, X 33 (PG 16/3, 3452c); GREGORIO NACIANCENO, *Or.theol.*, 4,21 (PG 36, 13b); CIRILO DE ALEJANDRÍA, *Thes.*, XV (PG 75, 265); LEON MAGNO, *Serm* 48,1 (PL 54, 298) «No hubo otra causa para el nacimiento del Hijo de Dios que la de poder ser clavado en la cruz»; etc... «Pero todos esos textos muestran además y más a fondo que quien dice encarnación está ya diciendo cruz. Por dos razones: porque el Hijo de Dios asume la naturaleza como está, caída; es decir, con el gusano de la mortalidad...; y porque para el Logos hacerse hombre es abajamiento en un sentido muy oculto pero muy real»...(Cf. H. Urs VON BALTHASAR, *El Misterio Pascual*. Encarnación y Pasión. MySal III/2, Madrid 1969, 150-152).

¹⁸ El descenso hacia la cruz venía exigido por el mismo hecho de la encarnación. El n° [116] contiene ya la clave de

b) *La respuesta* [195²]

El texto ignaciano se articula según la lógica interna de la «llamada-respuesta». Por ello Ignacio, en este mismo número, expresa la actitud del hombre que, desde la contemplación, comienza a «volverse» hacia Dios: *comenzar con mucha fuerza y esforzarme a doler, tristar y llorar*. La imagen libera el deseo y éste se incorpora espontáneamente a la salvación²⁴.

B. LA KENOSIS DE LA DIVINIDAD
«considerar cómo la divinidad se esconde»
[196]

La segunda consideración de Ignacio nos presenta ahora el reverso de la moneda. La cruz es un momento privilegiado de la automanifestación Trinitaria²⁵ y lugar de encuentro y comunión. Porque a mayor ocultamiento (Flp 2,7-8) aparece con mayor fuerza la grandeza humana del Amor, el rostro humano de la divinidad²⁶. La omnipotencia del Amor absoluto de Dios, su poder, se manifiesta así en las estructuras de la debilidad, propias de lo humano²⁷, para posibilitar al hombre el libre acceso a Dios. La divinidad *se esconde*. En su lugar aparece la debilidad. Por la fuerza de su amor se convierte en «no poder»²⁸, en fragilidad a merced de los poderes humanos. Dios se muestra de este modo como radicalmente desemejante del hombre. Nos hallamos ante *la exaltación del Amor*. Dejando padecer a su humanidad, sometiéndose a las mediaciones humanas hasta el final, Dios se muestra como libertad. Humanamente podríamos formularlo diciendo que «un amor, que se pierde de este modo, se gana para siempre», porque ya no puede morir.

Todo se desmorona. Sólo queda ya la dependencia del Padre y la vida filial; un amor a los hombres hasta el fin (Jn 13,1). Es ahí, precisamente en las estructuras del pecado y del fracaso humano,

²⁴ Las palabras de Ignacio pueden sonar a un oscuro voluntarismo paralizante; pero lejos de todo esto, Ignacio lo que suplica humildemente del Padre es el don de la identificación con Jesús y para ello pone en juego todo su ser, sabiendo que en definitiva todo es gracia. Cf. R. BARTHES, *Ib* p. 67; M. DE CERTAU, *L' espace du désir ou Le «fondement» des Exercices Spirituels*, Chr 78 (1973) 120-121. La indiferencia inicial del P. y F. se abre aquí al misterio de la voluntad divina (abre un espacio al deseo, deja hablar al sujeto del deseo, al deseo fundamental), a la alteridad de aquella voluntad que es la fuente de la vida, y se convierte en la libertad del amor. (p. 128: «da lugar al deseo que viene del Otro [...] sólo el deseo del otro da sentido»).

²⁵ En la perspectiva divina, Dios quiso hacer la experiencia de la existencia humana desde dentro, ATANASIO, *Incarn.*, 44 (PG 25, 173C-176a), para restaurarla y sanarla, desde el abismo de la separación de la que el hombre, por sus propias fuerzas, no podía salir. Entonces hay que admitir que *en el* Dios supramundano e «inmutable» ha sucedido algo. Y ese suceso es descrito en términos de vaciamiento (anonadamiento) y abajamiento, dejando de lado lo que toca a la «igualdad con Dios por lo que atañe a la posesión de la gloria». V. LOSSKY, *Théologie mystique de L'Église d'Orient*, Paris 1944, 141. «La palabra de Cristo *el Padre es más grande que Yo* es una expresión de esta renuncia kenótica a su voluntad propia. Esto quiere decir que la obra llevada a cabo sobre la tierra por el Hijo encarnado es la obra de la Santísima Trinidad de la que no se puede separar a Cristo, que tiene la misma esencia y la misma voluntad que el Padre y el Espíritu. Por ello la exinanición misma no hará más que manifestar todavía más la divinidad del Hijo a todos aquellos que sepan reconocer la grandeza en el abajamiento, la riqueza en el despojo, y la libertad en la obediencia» (Cf. H. Urs VON BALTHASAR, *Ib*. p. 145.154.158 nota 27).

²⁶ Cf. P.H. KOLVENBACH, *Ib*. p. 67: «el camino del *magis* es el del *minus* (ser estimado por vano y loco por Cristo), porque es en la impotencia de la kénosis como se nos revela la Gloria del Omnipotente».

²⁷ Cf. ORIGENES, *In Joan*. I,32: «No hay por qué tener miedo a decir que la bondad de Cristo aparece mayor, más divina y realmente conforme con la imagen del Padre cuando se humilla obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, que si hubiera tenido por bien indeclinable el ser igual a Dios y se hubiera negado a hacerse siervo por la salvación del mundo».

²⁸ Cf. H. Urs VON BALTHASAR, *Puissance de Dieu et liberté*, Choisir 69-70 (1965) 12-13.15: El poder del amor divino tiene un carácter más absoluto cuando no está ligado a una potencia creada, y es soberanamente libre de manifestarse en la debilidad. Es patrimonio de quien es la vida eterna, ser vida, aun bajo la apariencia de muerte... En la debilidad de la pobreza de la cruz aparece por fin el «espíritu de Dios» (su espiritualidad), como el modelo bajo la imagen, el espíritu del amor absoluto que, en la más libre de las limitaciones, está más allá de la fuerza y la debilidad. En la impotencia de su abandono, Cristo está unido «sin intermediarios» al amor absoluto que es la esencia de la Trinidad. *La impotencia de Cristo es la cumbre del poder divino, donde la Omnipotencia divina, por la fuerza del amor, se convierte en «no poder».*

en ese ocultamiento de la divinidad, donde reconocemos la identidad del *Hijo* y su amor al Padre, el designio misterioso de la salvación y la actividad propia del *Espíritu*, creador de comunión²⁹. Era necesario este ocultamiento de la divinidad para que la cruz se convirtiera en el *lugar de la revelación* de la gloria del Amor trinitario. A partir de este momento el ser del *Padre* deja su «impronta», la imagen del su Hijo, en la historia de los hombres como «el» proyecto de la salvación, y a partir de este momento la divinidad posee ya definitivamente un *rostro humano*. Se le abre así al hombre de par en par la puerta al perdón, a la comunión y al conocimiento del Padre y su amor.

Más tarde, en el momento de la resurrección, Ignacio nos hará caer en la cuenta de que la humanidad posee, a su vez, un *rostro divino*, su «oficio de consolador» [224]. Los números [195] [196] y [223] [224] se corresponden entre sí e invierten los términos de la salvación: En la cruz hallamos lo divino, el Amor incondicionado, pero oculto bajo los velos de lo humano [196] [195], la debilidad manifiesta. En la resurrección, en cambio, hallamos lo humano, pero revestido del verdadero humanismo de la divinidad [224] [223]³⁰.

C. EL DRAMA HUMANO, LA PRESENCIA DEL PECADO EN LA CRUZ
«considerar cómo todo esto padece por mis pecados»
[197]

La tercera consideración de Ignacio apunta hacia el aspecto antropológico de la revelación: la paradoja de la manifestación del misterio del pecado en Cristo.

La cruz del Señor revela lo específico del pecado, pone inexorablemente de manifiesto aquello que el mundo se oculta a sí mismo: que en su insensata ofuscación es capaz de rechazar al Hijo de Dios, de destruirlo y aniquilarlo (Heb 6,6). La verdad acerca de nosotros es la que pronuncia la cruz de Cristo sobre nuestra abismal miseria y sus posibilidades infernales de destrucción³¹. Jesús ha llegado hasta el extremo en que nosotros nos hallábamos, acabados y muertos, y ahí ha pronunciado la palabra única y definitiva de Dios. No ha quedado destruido por esa mortífera manifestación del pecado, ni por ese cruel paroxismo contra Dios, sino que sigue siendo eternamente amante y, de este modo, ha destruido por completo la «separación». En la medida en que Jesús ha vivido esto en toda la hondura de su condición divina y humana, y ha gustado la destrucción, la desmembración humana y la ruptura de la comunión con el Padre (Mc 15,34) en favor de los hombres, ha cargado real y físicamente con el pecado de la humanidad; ha bebido el cáliz del dolor hasta las heces, para dar a gustar a los hombres el cáliz de la salvación³².

En la cruz se ha cumplido aquella expresión enigmática de la Escritura: «era necesario que el Cristo padeciera» (Lc 24,26). Era necesario que la soberana disposición de Dios y la libertad del hombre (el amor y el pecado) se encontraran físicamente en Cristo para que, por el «mutuo intercambio»³³ de este encuentro, el hombre tuviera acceso a lo que en realidad no le pertenece, la

²⁹ Cf. NICOLAS CABASILAS, El «loco amor de Dios por el hombre, que no destruye simplemente el mal y la muerte, sino que los asume». Porque no es tanto el sufrimiento mismo lo que nos acerca a Cristo, sino Cristo nuestro Señor quien, con su sufrimiento y el escándalo de su muerte, al hacer suyos nuestros sufrimientos, nos salva (citado por KOLVENBACH, CIS 20 (1990) 68).

³⁰ La alegría consoladora del Amor. Son las dos caras del mismo acontecimiento.

³¹ Cf. K. RAHNER, *Betrachtungen*.. p. 241 (*Meditaciones*... p. 230).

³² Cf. K.G. KUHN, *Jesus in Gethsemane*, EvTh 12 (1952-1953) 274 La «hora», según Marcos (14,35.41) es «el momento escatológico del obrar de Dios en la persona de Jesús», el momento decisivo en que Dios interviene, soberanamente libre, en la historia de los hombres para cambiar su curso. Porque, al entregar a su Hijo (Rom 4,25; 8,32) en manos de los pecadores (el cáliz amargo) ha posibilitado que los hombres beban el cáliz de la salvación; W. GRUNDMANN, *Das Evangelium nach Markus*, 293, observa que, al beber Jesús la copa de la condenación en nombre de los hombres culpables, Cristo les permite beber el cáliz de la salvación; A. FEUILLET, *El significado fundamental de la agonía en Getsemani*, en *Teología de la cruz*, Salamanca 1979, 128: «Efectivamente, se da una relación de causa a efecto entre el cáliz de la agonía y el cáliz eucarístico de la cena, lo mismo que la que existe entre la sangre de la nueva alianza derramada en el Calvario por la multitud y la comunión eucarística».

³³ Cf. H. RAHNER, Ib. p.139: «La majestad de Dios se despojó del atractivo de su gloria eterna para darnos parte en

libertad propia de la justicia de Dios. Y, a su vez, Dios pudiera manifestar el acto vital más profundo de su ser, aquello de que vive, asimilando lo que le es absolutamente ajeno y extraño, el Mal, para transformarlo en la cercanía de la comunión.

4. Una elección fundamental *¿qué debo yo hacer y padecer por él?* [197][167]

El nº [197] de los Ejercicios forma con el nº [53] una especie de gran «inclusión». La cruz es el culmen del dinamismo encarnatorio tanto de la 1ª como de la 2ª Semana, así para Jesús como para el creyente [116]. El seguimiento culmina en la participación plena de la suerte y el destino de Jesús. Por ello la pasión es el momento capital de la *configuración* a la que apunta la condición cristiana [98] [146-147] [167], condición de posibilidad de la elección. Antes de que elija algo concreto el hombre *elige a Cristo, y a este crucificado*. Llegar a tener el mismo «pensar y sentir» de su Señor (Flp 2,5) equivale a asumir consciente y libremente el misterio cristológico de la kénosis y de la exaltación, la incondicionalidad de un amor que, al perderse, se gana. Este es el destino de todo hombre que desee llevar en sí la imagen del Hijo [167] y al mismo tiempo alcanzar la salvación. Y la cruz, por su parte, discierne por connaturalidad la validez de cada una de las elecciones particulares, porque confirma o invalida el proceso inagotable de maduración de la libertad en la medida en que el individuo *asume o rechaza* en cada una de ellas el destino de su Señor.

5. El coloquio [198-199].

Finalmente, el coloquio se sitúa de nuevo en el dinamismo del «más»: *pidiendo aquello que más eficazmente... deseo* [199,3] («dolor con Cristo doloroso»), siguiendo la clave hermenéutica del coloquio de las Dos Banderas [147] con la nota complementaria de la meditación de tres Binarios [157] [199⁵]. Lo que *más conduce* para el fin que somos criados, para el proceso de «vuelta» a Dios por la docilidad, es la semejanza total con el Señor humillado en la cruz y exaltado por el amor³⁴. La más intensa actividad por Cristo y en favor de la humanidad consiste en «padecer con él»³⁵. La humanidad de Cristo ha cargado con el pecado histórico del hombre. Por ello, en la comunión con él, en la identificación con su humanidad, el hombre se adentra en el misterio de la salvación en favor también de la humanidad.

esa gloria. Tomó sobre sí nuestra pobreza para libramos a nosotros de ella. Quiso ser vendido para hacernos libres, insultado para glorificarnos, pobre para enriquecernos, llevado a la muerte ignominiosa para darnos una vida imperecedera y santa».

³⁴ Cf. H. RAHNER, *Zur Christologie der Exerzitien*, p. 137-138: La pregunta *¿qué debo hacer por Cristo?* «al comienzo de la tercera Semana se convierte en esta otra: considerar cómo todo esto lo padece por mis pecados y *qué debo yo hacer y padecer por él* [197]. La pregunta de allí se responde aquí desde la comprensión de que *lo que más* se puede hacer por Cristo es *sufrir con él*»; (p. 138-139) «el hombre, que desde el Fundamento aspira ardientemente a *lo que más conduce* al fin para que somos creados, y ha visto en ese *más* la identificación con Cristo humillado en la cruz, pide quebranto con Cristo quebrantado [203][48³]. Ese Cristo quebrantado es el mismo de la *exinanitio* paulina (Flp 2,7) y el mismo a quien AGUSTIN llama *deformis Christus*» (*Serm 27,6*: «Colgó de la cruz Cristo *deforme*, pero su *deformidad* es nuestra mayor *belleza*. La fe en Cristo crucificado es nuestro camino. No nos avergonzamos de esa deformidad de Cristo».

³⁵ Cf. H. RAHNER, *Zur Christologie der Exerzitien*, GuL 35 (1962) 137-138 (*Ignatius von Loyola als Mensch und Theologe*, Freiburg 1964, 308); P.-H. KOLVENBACH, *Ib.* 69. «Para que esta compasión sea auténtica, se requiere un gran esfuerzo, como dice Ignacio, porque la Pasión del Señor -sufrir como él ha sufrido- no es connatural al hombre. Si el sufrimiento, en su radical absurdidad, lleva ya al hombre a la evasión o a una resignación fatalista, asumirlo como Cristo ha asumido el sufrimiento continúa siendo locura y escándalo. Fiel al evangelio de la Pasión, Ignacio jamás sacraliza el mal, pero sí propone una *compasión* que santifica todo sufrimiento. La diferencia se basa en el amor, único que justifica el deseo de Cristo de sufrir [195]».

6. La ordenación del amor por la «compasión»³⁶.

La oración típica de la Tercera Semana posee los rasgos propios de la contemplación³⁷. Pero ahora adquiere además *una connotación específica*: carece de distancias, hay «inmediatez y evidencia». La misma inmediatez de la humanidad de Jesús, sus dolores físicos y sobre todo la comunión con sus sentimientos son el acceso inmediato al conocimiento de Dios, que es Amor y perdón. No es posible conocer quién es Dios fuera de ese contacto sensible e inmediato con la humanidad de Jesús. Así como es imposible conocer quién es el hombre si no es a través de ese «descenso» encarnatorio hasta el fondo de la realidad humana. En la tragedia del pecado y de la pasión reconoce el hombre esa «mezcla» extraña de claudicación y de amor que constituye la esencia misma de todo lo humano. La santísima Trinidad *ha descendido* hasta ahí [107²], movida precisamente por la compasión, para poner de manifiesto la grandeza de su Amor en las estructuras propias de la condición humana. Ese es, desde entonces, el dato revelado de la justicia y de la salvación. Dios le ha mostrado al hombre el camino encarnatorio del amor. De ahí que el *padecer-con*, no es un sentimiento inferior ni morboso, sino la expresión de la «comunión con lo ajeno», la solidaridad encarnatoria propia de Dios en su amor al hombre; y el modo de «salir de sí» para que se ponga de manifiesto la *agápê* de Dios, que es lo ajeno al hombre. Esto es lo que Ignacio suplica una y otra vez, y lo que acontece en la comunión con Cristo doloroso y quebrantado [203]: que la historia encuentre el camino de la *comunión humana* como la verdadera salvación ofrecida de parte de Dios.

Directorio

La 3ª Semana es más silenciosa y más sobria que la 2ª por lo que se refiere a la exposición de los puntos y documentos (uno solamente [210-217]). El que se ejercita la vive más asombrada y sobrecogedoramente, desde los sentimientos y la transcendencia del misterio de Dios.

Se debe ver toda la pasión *entera*, reposadamente (durante 7 días) y cuidar en extremo los detalles ambientales y psicológicos.

Continúa de modo latente el proceso de Elección³⁸. En ella se confirma que la elección fundamental de la vida es la 3ª manera de humildad³⁹; por ser la única capaz de recrear la comunidad humana desde el fundamento de Dios y de volver a recuperar la semejanza del Hijo (la vida filial de obediencia) a la que desde el Fundamento está el hombre destinado.

La contemplación gana en densidad, silencio e intensidad. Aumentan los elementos unitivos. Se acortan las distancias. Todo se contempla desde dentro de los sentimientos de Jesús.

El hombre, por su parte, discierne *la parte de cruz* que le ha tocado, para ver si la acepta, sin amargura ni resentimientos, sino como el medio más apto y eficaz de identificación con Jesús⁴⁰; si sabe

³⁶ Cf. P.-H. KOLVENBACH, Ib. pp. 69-70. Sólo el amor justifica y suscita nuestra compasión. La palabra *compasión* puede ser peligrosa y ambigua en un contexto en que falte el amor, porque entonces significa sencillamente el sentimentalismo de quien se consuela a sí mismo. Pero «Dios no ha venido a explicarnos el sufrimiento, sino para llenarlo con su presencia» (P. CLAUDEL). Se ha compadecido de la humanidad. Y el hombre por la pasión asume libremente esa misma actitud de Dios por un amor que no pretende simplemente copiar la pasión, sino parecérselo efectivamente. Es el modo de alcanzar la comunión total.

³⁷ *Traer la historia*, ver, oír, mirar... [191¹] [194].

³⁸ Cf. POLANCO [79] afirma que a quien no ha alcanzado la resignación se le puede dar la Tercera Semana, exhortándole a que trate de suplicar del Señor aquella resignación (MHSI 76, *Direct.* p.310); Miro, [90] en cambio, que leyó esta opinión de Polanco, no aprueba que a estos se les de la Tercera Semana. Y lo razona diciendo que los sentimientos de tristeza no ayudan a la Elección (MHSI 76, *Direct.* 403); GONZÁLEZ DÁVILA, [157] por su parte, afirma que «En esta 3ª semana se confirma y assienta la elección de la buena vida, que se ha hecho en la pasada... porque en este último remate resplandecen y dan muestra de sí sus virtudes con mayor excelencia y nos convidan con mayor fuerza a su imitación» (MHSI 76, *Direct.* p. 525).

³⁹ Prueba de ello es que este motivo queda ampliamente desarrollado en el Examen de las Constituciones c.4º, [101] a [104] como el núcleo esencial de la identidad del jesuita.

⁴⁰ No es una maldición ni un fracaso, sino la ocasión de una mayor identificación y un tiempo de predilección por

perdonar y amar con los mismos sentimientos de Jesús después de los conflictos, encarnándose en las limitaciones concretas de lo humano que le rodea; y *si la cruz le purifica* de sus desórdenes y de su egoísmo para poder amar cada vez más desinteresadamente a sus hermanos.

Porque el padecer *con Cristo* purifica y discierne la imagen que el hombre se ha forjado de Dios. La cruz no es un precio arbitrario, sino la encarnación de Dios en la estructura interna de lo humano. No es tampoco el paroxismo ético de quien desea que todo acabe cuanto antes, aunque sea en el fracaso rotundo y total, sino el medio humano en el que Dios ha puesto de manifiesto la incondicionalidad de su amor, *de su pasión por* el hombre. Sólo la cruz es capaz de redimir y de salvar al mundo del cerco del egoísmo en que pretende encerrarse: una grieta que da acceso al mundo de Dios por el amor.

La cruz, vivida junto a Jesús, en comunión con él, no sólo no aplasta, sino que es un remanso de paz, un *lugar de encuentro* y de amor que equilibra y rehabilita, porque sitúa al hombre correctamente dentro de los límites de su ser creatural.

Mientras el ejercitante contempla la humanidad de Jesús, discierne su *apetecer y sus «gustos»* [210-217], todo aquello que *no es* objeto de elección, para ver si el resto de su vida se halla en sintonía con el misterio.